

á más de los departamentos que habita el jefe del Estado, las oficinas de los ministerios diversos y secretarías del gobierno, una prisión, un cuartel y la imprenta del gobierno. Hay en México una casa de moneda, de donde han salido cantidades prodigiosas de oro y plata acuñados; cuéntase que la moneda mexicana, acuñada en tres siglos, asciende á ocho ó nueve mil millones de piezas contantes y sonantes, las cuales han sido exportadas á todos los ángulos de la tierra los más remotos.

Los teatros son muy deficientes. Los paseos muy bellos y bien conservados. La Alameda es un sitio muy agradable y pasa por el paseo más hermoso de toda la América latina. Los mercados son notables, principalmente por la abundancia de productos que allí afluyen; frutas varias, legumbres, flores y provisiones de toda especie, véndense allí á precios moderados.

Las mercancías europeas se venden allí muy caras en almacenes que llaman *cajones*; las modas de París se encuentran en esos cajones casi á la vez que en Francia.

La capital de México es en realidad bellísima, pero muy desaseada. Hay allí museos muy ricos; el de la universidad contiene una hermosa colección de historia natural y de antigüedades mexicanas, jeroglíficos, manuscritos, armas, ídolos aztecas, etc. En el gabinete de historia natural del colegio de minas, hay una magnífica colección zoológica y otra de objetos geológicos muy completa, dispuesta conforme al orden de formación de las rocas que la componen.

Las bibliotecas públicas y las privadas son numerosas, poseyendo obras muy selectas; dícese que en toda América pocas colecciones hay tan ricas en libros y en instrumentos para el estudio de las ciencias.

La escuela de minas está establecida en un bellissimo edificio de brillante aspecto. Fué construido en el tiempo mismo en que fué fundida la bella estatua ecuestre de Carlos IV, que constituye el adorno de uno de los paseos más concurridos de la capital. La escuela militar está situada en el castillo de Chapultepec, á cuatro kilómetros al Oeste de la ciudad; allí se forman, sabe Dios como, los oficiales de todas armas para el servicio activo del ejército nacional.

Entre los numerosos hospitales de la capital, sobresale el

de Jesús Nazareno, fundado por Hernán Cortés; en la capilla de aquel establecimiento reposan las cenizas del conquistador.

El hotel Iturbide, palacio en otro tiempo de aquel emperador, se distingue por su elegante construcción; es ciertamente un bello edificio conservado con aseo; fué mejorado en el tiempo en que habitó en él el desventurado monarca que con su cabeza pagó la honra que le cupo de haber creado un imperio en el suelo mexicano, asolado ya entonces por la onda revolucionaria.

Ya hemos dicho que, construida en el fondo de un valle cercano á los lagos de Chalco y Texcoco, la ciudad de México ha estado constantemente expuesta á inundaciones que se ha ensayado evitar por medio de gigantescas empresas; de esos trabajos es el más importante el Desagüe de Huehuetoca.

Los lagos del valle de México forman cuatro grandes balsas de agua principales, que son: Texcoco, San Cristóbal, Zumpango y Chalco; todas estas aguas se desbordan en el lago de Chalco, el cual se encuentra á un metro sobre el nivel de México.

De tal situación necesariamente resulta la confluencia de todas las aguas del valle hacia el lago de Chalco que recibe en su lecho el exceso de todos los otros, engrosados en ciertas épocas del año, ya por las lluvias, ya por los deshielos que se verifican en los montes circunvecinos.

Para obviar este inconveniente, ejecutáronse muchos trabajos con tendencia á impedir el crecimiento continuo del líquido de los lagos; otros ensayos se enderezaban á procurar el derrame no interrumpido de las aguas mismas, y finalmente, se construyeron diques para contener los desbordamientos que eran un amago incesante para la ciudad. Esos diques fueron contruidos sobre puntos diversos, no sin reconocerse en breve su insuficiencia. El célebre dique de San Lázaro fué construido por los aztecas en tiempo del primer Moctezuma, y reconstruido por el virrey Velázquez. Muchos trabajos de ese género existen al Sur y al Norte; todos esos diques y calzadas están provistos de esclusas que se abren para llenar los lagos é impedir que en las crecientes súbitas, las aguas rompan los diques, causando estragos inevitables. Las obras que ayudan al derrame de las aguas, son: el canal de Huehuetoca, yendo á salir al río de Cuautitlán; el de Tula y el canal del Desagüe general.

Los admirables trabajos de este canal son uno de los más sorprendentes monumentos del ingenio humano entre los antiguos mexicanos. Desde Huehuetoca hasta un lugar llamado el Gavillero tiene ocho kilómetros de extensión; está cavado á cielo abierto; su profundidad mayor es de sesenta metros y su latitud de ciento diez; estas inmensas dimensiones apenas son suficientes para recibir todas las aguas del valle.

Si por medio de todas esas obras de hidráulica que acabamos de mencionar no ha podido llegarse á preservar enteramente del terrible azote de las inundaciones, se ha conseguido al menos disminuirlas, pues no obstante la abundancia de lluvias en algunos años, esos medios han sido suficientes.

Por los años 1772, según Humboldt, calló la lluvia en abundancia tal que quedó anegado todo el valle, viniendo á abajo muchos edificios, y el canal de Huehuetoca dió libre curso á aquella inmensa cantidad de agua. El día 24 de Septiembre de 1851, subió el agua en algunas calles hasta invadir las habitaciones. Los habitantes hallábanse en la mayor consternación, mas el escurrimiento del agua por el canal de Huehuetoca preservó á la ciudad de peligros mayores. Estas crisis considerables sucédense con regularidad en períodos de veinte y cinco años, haciéndose indispensable la terminación de los trabajos del Desagüe general del valle; porque á más de los peligros que amagan constantemente á la capital, está en el interés de los habitantes que las aguas se desvien de un modo completo para impedir que, en el tiempo de grandes lluvias, las calles inundadas, conviertan á ciudad tan hermosa en un lodazal inmundo y mal sano; resultando además grandes ventajas que indemnizarían pródigamente al Estado de cuantos sacrificios hiciera por llevar á buen término una empresa que redundaría en gloria para el gobierno y bienestar para el país entero.

Las montañas que cercan el valle de México, lo separan del distrito de Tula por el Norte, del Estado de Puebla por el Este, del distrito de Cuernavaca por el Sur y del valle de Toluca por el Oeste. Su mayor extensión, en línea recta de Sur á Norte, es de diez y ocho leguas, y del Este al Oeste de doce leguas.

Uno de los sitios más bellos y pintorescos que México posee es incuestionablemente el valle de México, á causa, tanto de su extensión y configuración como de las bellísimas montañas que

lo rodean. Sobre la cadena principal de esos montes, figura en primera línea el Popocatepetl, que en indio significa: *la montaña de humo*: *Popocani*, humo; *Tepetl*, cerro. Su cima, elevada á 5,495 metros, está cubierta de nieves perpetuas. Está situado al Sud-Este del valle. De su cráter se extrae azufre en abundancia, diversas sales y un ácido cuyas propiedades se estudian en estos momentos por una comisión científica. A corta distancia del Popocatepetl, en dirección al Nor-Este, se presenta otra masa imponente: el Iztacihuatl, que uniéndose al Popocatepetl, separa á la gran llanura de Puebla del valle de México. Sobre esta majestuosa montaña aparecen notables caídas de agua presentando un aspecto pintoresco. Iztacihuatl, en indio quiere decir: *mujer blanca*, á causa de la configuración de su cresta que semeja una mujer tendida boca arriba y cubierta con una blanca sábana.

Otro sitio de interés para el visitante es el *cerro* de Chapultepec, situado una legua al Oeste de la capital, en medio de bosques de sabinos diluvianos y de una altura prodigiosa. En lo alto del cerro, Don Mateo de Galvez, virrey de México, hizo construir el magnífico castillo que allí se encuentra; después fué transformada en escuela militar tan hermosa residencia de los virreyes. Desde este sitio el ánimo se ve arrebatado de admiración al contemplar los hermosos paisajes que á la vista del observador se extienden: de un lado haciendas magníficas y las quintas pintorescas de la ribera de S. Cosme: del otro, la más grandiosa é imponente perspectiva que la naturaleza ofrecer puede; hacia el Este los dos gigantes de la cordillera, y, en lontananza, la capital con sus torres enhiestas y las cúpulas valientes de sus numerosas iglesias.

No dejan de verse salteados por el valle algunos puntos monótonos, como por ejemplo el llano del *Salado*, situado á corta distancia al Norte de México; pero son excepciones, pues en general aquel valle es alegre y posee sitios que encantan. Bosques sombríos cubren sus montañas; calzadas numerosas, cruzándose en todos sentidos especialmente por la parte occidental, en donde son embellecidas por grandes arboledas, florestas y rica vegetación, ponen en comunicación continua á todos los pueblos y aldeas de los alrededores de México. En fin, sus la-

gos; su cielo siempre puro y sereno, todo imprime al valle de México un sello único en el mundo.

La absorción atmosférica, así en la capital como en el valle, es de una fuerza que parece increíble. La sequedad de la atmósfera hace frecuentemente descender á 15° el hygrómetro de De-lue y á 42° el de Saussure.

Todo conduce á creer que el valle de México, todo entero, no es en realidad más que el enorme cráter de un antiguo volcán, enrasado por una convulsión terrestre de fecha posterior. Y aunque aquellas comarcas están expuestas á incesantes terremotos, no hay memoria de que alguna vez hayan causado grandes estragos; por otra parte estos fenómenos cada día van siendo más raros.

El general Forey, cuya llegada se había anunciado para el día 10 de Junio, hizo en efecto ese mismo día su entrada triunfal en México, á la cabeza del ejército franco-mexicano.

Inmensa muchedumbre henchía las calles, desde la garita hasta la Plaza Mayor y el atrio de la catedral, cuyas campanas numerosas repicábanse á todo vuelo. Los habitantes adornando sus ventanas y balcones y aún toda la fachada de sus casas con ricas y vistosas colgaduras. El pueblo en masa, por la calle, lanzaba los cohetes á millares en señal de regocijo. Por todas partes veíase solamente flores, coronas, guirnaldas, colgaduras de seda, pabellones de naciones amigas, arcos de triunfo, inscripciones gloriosas. Toda la población, fuera de sí misma, en bullicio, se agitaba undulante como en el día de la más hermosa festividad; de fijo, más de cien mil mexicanos de toda clase habían invadido las torres, las terrazas y galerías de los templos, los balcones y pórticos de las casas, aglomerándose en las calles y plazas de la ciudad para presenciar la entrada y el desfile del ejército aliado.

El entusiasmo parecía tocar sus límites extremos, y con todo eso ¡cuántos de nosotros, los que habíamos tenido múltiples ocasiones de apreciar en lo que vale el carácter veleidoso de la nación mexicana, nos preguntábamos mutuamente si todas aquellas demostraciones serían hijas de la sinceridad!

El drama sangriento de Querétaro.

En 3 de Julio de 1862 escribió Napoleón III al general Forey: "Si México conserva su independencia y su territorio, y si con el auxilio de la Francia recibe este país un gobierno sólido, habremos devuelto á la raza latina, al otro lado del Océano, su vigor y su brillo." Hacía justamente cien años que la lucha entre la Nueva Inglaterra y la Nueva Francia había decidido la preponderancia de la raza germánica en el continente de la América del Norte. A la sazón estaban en guerra unos con otros los Estados de la Unión del Norte y era necesario que se destruyera esta unión, anegándose en ríos de sangre, para que Napoleón III lograra realizar su proyecto en la Nueva España. Pero llegó el día en que los Estados Unidos salieron victoriosos de la guerra de separación y de los dueños de esclavos, y entonces quedó juzgada también toda tentativa de instalación de una potencia extranjera en el Nuevo Mundo. Es decir, que el destino del imperio de México, levantado en 10 de Abril de 1864, no podía depender ya ni de la fuerza ni de la debilidad de los franceses, ni de la fidelidad ni infidelidad de los mexicanos, sino que quedó decidido en los campos de batalla de los Estados Unidos. Esta decisión se efectuó en el mes de Abril de 1865 cuando los dos ejércitos del Sur rindieron las armas, el del general Lee al general del Norte Ulises Grant, el día 9 y el del general Johnston al general Sherman el 26 del mismo mes. Estas noticias, al llegar á México, implicaban la sentencia de muerte al emperador Maximiliano.

El presidente Juárez, sin poder político, sin recursos pecuniarios, derrotado militarmente en todas las ocasiones, y una vez hasta arrojado del país, tenía todavía un recurso infalible y era el auxilio militar directo de los Estados Unidos del Norte en forma de dinero, armas y artillería. El presidente Abraham Lincoln escribió á Juárez: "No estamos en guerra abierta con Francia, pero puede usted contar con dinero, cañones y voluntarios, cuyo envío favorecemos (1)." Los norteamericanos

(1) Keratry: *L'empereur Maximilien, son elevation et sa chute*. Leipzig 1867.